

## Un legado espinoso

La casa del reloj, de Álvaro Pombo, es una novela elástica sobre la culpa y el adulterio como acto imperdonable. El protagonista es el heredero y antiguo chófer de un rico hidalgo

Por Francisco Solano

**NARRATIVA.** NINGUNA NOVELA DE Álvaro Pombo se somete a una fórmula convenida, por muy meritoria que sea su eficacia. Su bien demostrado talento ha rondado los límites no sólo formales, sino la introspección de personajes de ceñidas extravagancias, asentados en una particular burguesía provinciana, en tanto que modelos morales supuestamente anacrónicos con los que contraponer la actual depreciación de la complejidad. Pues sus historias, aunque parecen suceder en una época ya borrosa, reflejan con no poco emarajamiento el espíritu de nuestro tiempo. *La casa del reloj* comienza cuando Juan Caller, que trabajó de chófer y ejerció de confidente de Alfonso, un rico hidalgo, se convierte en su heredero, con la expresa condición de rehabilitar una destartada casa solariega y vivir allí para siempre. No es una condición pesada, ya que “no le quedaban a Caller temas pendientes, ni amores pendientes, ni odios pendientes”. Pero pronto descubrirá que “Alfonso le había legado, más que una heredad, un enredo”. Dicho así, pudiera parecer que se trata de un enredo administrativo, pero lo que hereda Caller es la memoria de Alfonso. ¿Se puede heredar una memoria? Lo cierto es que, desde que Caller se instala en la casa, todo lo que sucede remite a su antiguo dueño. El albañil local y su ayudante, su nieto, nada apremiantes con la rehabilitación, le obligan a inquirir sobre su desidia en el trabajo, y en charlas sucesivas van surgiendo noticias más bien dramáticas sobre Alfonso y Matilde, su esposa, propiciadas por un viejo visitante, algo fantasmal al principio, que resultará ser el hermano “aventurero” de su protector, de carácter opuesto y la causa de que el matrimonio de Alfonso fuera “tan civilizado y dulce como inasible”.

Del cainismo, de la malicia, de la culpa, de la falta de misericordia, y del adulterio como acto imperdonable



Foto: Getty

y excusa para hacer del matrimonio una resignación conventual trata esta novela, sirviéndose de un material que parece surgir a medida que se escribe, y produce en el inverosímil Caller “una sensación de inconsecuencia: como si, a pesar de todo lo que hablaban, siempre acababa todo en un tedioso argumento que no llega a ninguna conclusión”. Pues en *La casa del reloj* se plantea una trama moral que, a despecho de los factores novelescos que debían guiarla, se rige por la estratificación reflexiva del narrador, que, una vez encauzada la historia, se ramifica en la dirección

**La casa del reloj**  
Álvaro Pombo  
Destino  
Barcelona, 2016  
252 páginas. 19 euros

más provechosa para desmenuzar, o complicar, cualquier comportamiento moral con aspiración de dignidad. Así, se enaltece una opresiva fidelidad conyugal a la vez que se acepta que el cáncer es “lo único bueno que le sucedió a Matilde a una temprana edad”, pues el mal le impide a la mujer recaer en el adulterio. Estas intrincadas revulsiones del apego sentimental son el sustrato de la novela. Y como es habitual en la narrativa de Pombo, se van adaptando a una estructura muy elástica que se beneficia de un azar forzado, como la carta final de Alfonso a Caller, un *deus ex machina* de excesiva pretensión (“Quise que fueras rico, ya que me sentía incapaz de ayudarte a ser santo”), que no obstante es lo mejor de la novela. •

## Polvo enamorado

Por Luis Bagué Quílez

**POESÍA.** TRAS LA LECCIÓN concentrada en *Saber de grillos*, Vicente Gallego despliega en *Ser el canto* (Premio Generación del 27) un himno que tiene mucho de fraternidad panteísta o de mística franciscana. El discurso fluye entre inquietudes existenciales, asombros exclamativos y destellos de una claridad extática a la que se le funden los plomos cuando el poeta está a punto de abandonarse a la “bendita extrañeza”.

Las mejores composiciones son aquellas en las que el autor dirige su alma a “las cosas del montón de la hermosura”, como el vuelo de algunas aves, la portentosa metáfora de una rosa abriéndose igual que el mar Rojo, o la

recreación de las últimas horas de Juan de Yepes antes de ser san Juan de la Cruz: “No habiendo menester en su morir, / qué delicadamente vio / en su muerte sus flores Juan de Yepes”.



**Ser el canto**  
Vicente Gallego  
Visor  
Madrid, 2016  
66 páginas. 10 euros

Gallego convoca la calcinación solar y el hechizo de la luna, el ascua de la melancolía y la gatera de la imaginación, la pulsión vitalista y la manía funeraria. Convencido de que “lo esencial es plegarse al puro pasmo / y hacer camino a ciegas”, en estos versos se observa la reapropiación de frases hechas y la germinación de una lujuria verbal que resulta más efectiva cuando el poeta acierta a contener su ebriedad metafísica y a suavizar su retórica. En los momentos en que la dicción se pasea “como Pedro por su casa” por unos versos elásticos y excepcionalmente modulados, *Ser el canto* adquiere su condición de partitura cósmica, música enamorada y “canción polvo de estrella”. •

## El zen de lo común

Los escritos sobre arte de Allan Kaprow muestran al lector en español a un formalista para quien la forma era provisional

Por Ángela Molina

**ENSAYO.** PUEDE QUE ALLAN KAPROW no haya sido el gran teórico del cambio de paradigma del arte de mediados del siglo XX, a la altura de Merleau-Ponty, Debord o Steinberg, pero este alumno aventajado de Meyer Schapiro, especialista en Mondrian, admirador de John Cage e inventor de los *happenings*, demostró tener una intuición y un poder premonitorio extraordinarios. En 1958, dos años después de la muerte de Jackson

**Entre el arte y la vida. Ensayos sobre el happening**  
Allan Kaprow

Traducción de Albert Fuentes  
Alpha Decay  
Barcelona, 2016  
299 páginas  
23,90 euros

Pollock, teorizó sobre su legado en un artículo que superó las interpretaciones del academicismo más montaraz y con él fue capaz de responder a la cuestión de qué hacer

a partir de la catástrofe que había llevado al lienzo a deshilacharse y autodestruirse en su entorno y más allá: el infinito de nuestras vidas. Aquella fue la revolución del arte, y se produjo en el camino hacia esa utopía que proclama que la misión del artista es indagar en lo absoluto, pero ese absoluto, a diferencia de las “composiciones” de Mondrian, debía habitar en lo cotidiano. “A partir de ahora”, escribe Kaprow, “cualquier clase de objeto constituye un material para el nuevo arte. La pintura, las sillas, la comida, las luces eléctricas y de neón, el humo, el agua, unos calcetines viejos, un perro... (...). El artista mostrará el mundo como si fuera la primera vez, revelará acontecimientos y fenómenos (*happenings*) completamente nuevos hallados en cubos de basura, ficheros policiales, vestíbulos de hotel..., el mundo entero a su disposición”.

Por entonces, Allan Kaprow (Atlantic City, 1927-2006) ya había abandonado



Instalación Yard, obra de Allan Kaprow. Foto: Marko Djurica (Reuters)

sus cuadros (hechos pretecnológicamente con trocitos de papel pegados) para dedicarse a los *assemblages*, *environments* y *happenings*. La peculiaridad de su obra fue la no repetición —aunque los *happenings* se escribían y se ensayaban—, de esta forma preservaría su calidad más preciosa, ¡y más americana!: la inmediatez. En 1993, uno de sus alumnos y más ferviente seguidor, Jeff Kelley, condensó su producción literaria en un libro. Ocho años más tarde, el propio Kaprow prologó una segunda versión ampliada, que tituló *El camino al des-arte*, donde procla-

mó que “abandonar el arte era, sencillamente, el hecho artístico”. Han pasado unos cuantos años, y el arte no sólo se ha *des-artistizado*, sino que es el mundo el que ha alcanzado un grado inaudito de estetización.

La editorial Alpha Decay acaba de lanzar la edición en castellano de sus escritos. No es una edición crítica ni aporta nuevas lecturas que insinúen la vigencia de su pensamiento. Tampoco hay referencias al contexto en que fueron publicados los 20 artículos del volumen. Con todo, el libro emite conclusiones. Kaprow fue un formalista para quien la forma era algo provisional. O más específicamente, la idea de forma es una huella mental proyectada en las actividades cotidianas. Y aquí tenemos de nuevo al gurú: “El sello arte irá retrocediendo hasta caer en la irrelevancia gracias a lo participativo”.

El método de Kaprow funcionó y quizás hoy aparezca como el mejor recurso en el campo político, en el deseo colectivo de instaurar un nuevo zen: el zen de lo común. •